

La Paz en El Salvador: Itinerario crítico de una transición

por **D. David Escobar Galindo**

*Conferencia pronunciada
el 29 de noviembre de 1994*

Forum Deusto

La Paz en El Salvador: Itinerario crítico de una transición

por D. David Escobar Galindo*

Cuando la violencia en El Salvador se volvió carne de noticia, la idea que se tenía sobre el pequeño país centroamericano de apenas un poco más de veinte mil kilómetros cuadrados y sin costa al Atlántico, era la de una rudimentaria sociedad casi feudal, dominada por los militares y por catorce familias económicamente muy poderosas. El simplismo caricaturesco al que siempre hay que echar mano cuando no hay conceptos suficientemente manejados al momento en que urge informar sobre algo, tenía trazos demasiado gruesos, pero encerraba algunas verdades. La caricatura, al fin de cuentas, sólo es una deformación de la realidad existente, y la realidad de El Salvador a lo largo de su vida republicana, es decir, desde 1821, fue la de un conglomerado nacional en permanente formación inconclusa, en el que la única constante acumulativa fue el autoritarismo.

El autoritarismo salvadoreño tiene perfiles propios. A diferencia de Guatemala, el vecino más influyente, por historia y por contigüidad, ese autoritarismo no tuvo en El Salvador configuración caudillista. Durante todo el siglo XIX, en El Salvador se escenificó la lucha entre libera-

* Don David Escobar Galindo nació en Santa Ana en 1943. Se doctoró en Jurisprudencia y Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma de El Salvador. Desde 1969 es miembro de la Academia Salvadoreña de la Lengua (de la cual es Vicedirector actualmente). En 1972 y 73 fue Director de Organismos Internacionales del Ministerio de Relaciones Exteriores. De 1978 a 1989 fue Director de la Revista *Cultura* del Ministerio de Educación. Durante años participó en las negociaciones de Paz entre El Salvador y Honduras, siendo miembro de la Comisión que llegó al Acuerdo definitivo de Paz en 1992. De 1978 a 1992 fue Vicerrector de la Universidad Dr. José Matías Delgado, y desde esta fecha es Rector de la misma. Es además representante de El Salvador ante la Unesco. Escobar ha publicado más de cuarenta y dos libros en las ramas de: poesía, cuento, novela, teatro y fábula, como son: *Extraño mundo del Amanecer*, *Cornamusa*, *Libro de Lillian*, etc.

les y conservadores, típica de todos los países que entonces formaban la llamada «América española», que hoy por supuesto nadie llama así. El caso salvadoreño fue, sin embargo, muy peculiar. En primer lugar, nunca hubo partidos organizados. A la hora de las elecciones, tanto los liberales como los conservadores formaban grupos alrededor de las personalidades en contienda. Pese a esa práctica inorgánica —muy propia del talante salvadoreño frente a la política— el liberalismo se fue imponiendo. Y, por curioso contraste con el futuro, los más grandes gobernantes liberales y civilistas de aquella época fueron dos generales: Gerardo Barrios y Francisco Menéndez.

Al ser la población salvadoreña refractaria al caudillismo, lo que prevaleció siempre fue la concentración del poder en pequeñas y cerradas cúpulas. Al entrar el siglo xx, el poder real descansaba en un trípo-de: la cúpula económica, la cúpula eclesiástica y la cúpula militar. Cualquier expresión disidente frente a ese esquema sufría un tratamiento inmediato: la marginación. Cuando las formas de disidencia, a fines de los años veinte, fueron impregnándose de radicalismo ideológico, al impulso del recién instalado socialismo soviético, el esquema entró, inevitablemente, en un período de alarma y de trastorno. Eso quedó en dramática evidencia a principios del año 1932, cuando el malestar campesino represado durante más de un siglo, fue hábilmente capitalizado por los comunistas emergentes, produciéndose el levantamiento armado en una zona muy focalizada del occidente del país. La rebelión tuvo mucho más ímpetu que organización, y, en unas cuantas semanas, las fuerzas del gobierno «limpiaron» la zona, con un enorme costo de sangre. Ese fue el momento en que hubo una radical inflexión en el esquema establecido de poder: la cúpula militar, que hasta entonces sólo sostenía a los gobiernos conducidos por el grupo económico, tomó la responsabilidad directa de gobernar, inaugurando un período de creciente autoritarismo en su fase militar, que hace crisis terminal como modelo hasta el 15 de octubre de 1979, en las vísperas de la confrontación bélica abierta.

A veces se dice que la salvadoreña fue una sociedad militarizada. Los datos concretos no dan pie para llegar a esa conclusión globalizadora. Pero sí es sostenible que, entre 1932 y 1979, el autoritarismo militar fue llenando cada vez más los espacios políticos, incorporando a la Fuerza Armada de El Salvador a un protagonismo incuestionable en la conducción de los asuntos públicos. El modelo autoritario siempre desemboca, en todas partes, en una expresión militarista, en la que ya, desde luego, no sólo participan los militares de profesión. Cuando ese tipo de fenómeno se da, la vida política en todas sus dimensiones, asi-

mila principios y prácticas propios de la función militar. Eso pasó en El Salvador, de manera progresiva e imperceptible para muchos.

El militarismo político salvadoreño nunca fue personalista, sino de cúpula. El decurso de las generaciones militares iba relevando la cúpula, y, cada cinco o seis años —según fuera la duración del período presidencial establecido por la Constitución—, la cúpula de turno escogía al gobernante de turno. Había siempre un partido político ad-hoc, para cumplir el rito electoral. Todo lo demás era absolutamente previsible. Del «partido oficial» surgían las mayorías en la Asamblea Legislativa. Y la Asamblea así configurada elegía a la Corte Suprema de Justicia. En el curso del tiempo, el sistema establecido hizo algunas concesiones al juego democrático de los partidos, como fue la representación proporcional en el seno de la Asamblea Legislativa; pero toda apertura siempre tuvo un límite: el aseguramiento de que el poder real nunca perdería la mayoría en los organismos del poder formal; y siempre tuvo un veto: el que impedía que los civiles llegaran a la Presidencia de la República.

En tales condiciones, cualquier debate democrático era señalado de fragante sospecha sediciosa, y cualquier aspiración de acceso al poder por la vía electoral era considerada un desafío abierto a la institucionalidad. Como ocurre en todo esquema autoritario, el poder real que actúa en la sombra aunque todo el mundo conoce sus movimientos, se va volviendo patéticamente inseguro, y eso le hace cerrar los espacios que él mismo ha ido abriendo en las estructuras del poder formal. Hasta que genera al interior su propia descomposición. En El Salvador, como dicho poder no estaba personalizado, no había que seguir el curso vital de nadie para calibrar la agonía del modelo. Fenómenos más complejos tuvieron que incidir. Uno, interno, fue el surgimiento de una disidencia armada, fervorosamente radical, con deseo manifiesto de convertirse en la vanguardia revolucionaria más pura de cuantas luchaban por entonces —años setenta— a lo largo de América Latina, y especialmente en Centro América. Otro, regional, el triunfo fulminante de la revolución sandinista en Nicaragua, que puso a El Salvador en el primer lugar de los que esperaban turno para dar el gran salto histórico. Otro más, internacional, el recrudecimiento de la «guerra fría», que parecía más saludable que nunca, con la paralela cruzada del Presidente Carter en pro de los Derechos Humanos, quizás con el ánimo de ganar caballos en la carrera de cuadrigas por el predominio mundial, que por aquellos días no tan lejanos —¡vaya ironías de la historia!— parecía serle favorable a la Unión Soviética.

Los militares salvadoreños, asustados por la victoria sandinista y sobre todo por la desaparición de la Guardia Nacional en Nicaragua, lanzaron un movimiento militar de talante reivindicador casi socialista, y dieron un golpe de Estado para implantarlo. Sin embargo, la aceleración histórica era ya vertiginosa, y la izquierda en armas no estaba dispuesta a mediatizar lo que consideraba su triunfo inminente y total. El 15 de octubre de 1979, el modelo autoritario afianzado en 1932, entra en colapso. Los militares tenían ya problemas para configurar su cúpula, y, por primera vez desde que estaban en la cúspide del poder, dos corrientes —una más institucional, otra más aperturista— se disputaron el liderazgo, y no pudieron resolver en la intimidad sus diferencias. Por otra parte, en un nuevo giro espectacular, los militares se distanciaron de la cúpula económica, e hicieron un pacto de gobierno con el Partido Demócrata Cristiano, que había sido visto por ellos mismos como una especie de enemigo durante los decenios anteriores, porque dicho partido estaba en beligerante oposición electoral en los tiempos en que cualquier desafío al poder establecido —real o formal— era poco menos que delito.

La guerra hizo erupción a mediados de 1980. En octubre de aquel año, Fidel Castro impulsó personalmente la unificación de los grupos insurgentes, incluido el Partido Comunista, que con grandes reticencias había optado al fin por la lucha armada. Entonces nació el FMLN. El escenario estaba creado. Los actores se hallaban listos para entrar en escena. El drama de la guerra había comenzado. No es peregrino pensar que, en cada uno de los dos bandos, había una importante corriente que consideraba inminente el desenlace militar de la guerra. El desarrollo de los acontecimientos demostró que los salvadoreños estábamos destinados a un ejercicio bélico prolongado y atroz. La ferocidad de ciertos momentos es indescriptible. La magnitud de ciertos crímenes es estremecedora. La guerra estaría entre nosotros a lo largo de doce años, abriendo inmisericordemente las arterias del país, pero dejando al mismo tiempo una secuela de trascendentales lecciones.

¿Por qué no se desenlazó pronto la guerra salvadoreña, cuando la Fuerza Armada contó con un masivo apoyo de los Estados Unidos, y cuando el FMLN enarbolaba la bandera de la reivindicación radical en un país agobiado por la violencia institucional? Mi personal opinión es que ninguno de los dos protagonistas militares de la guerra se alzó la victoria porque la masa del pueblo no se inclinó decisivamente a favor de ninguno. En un fenómeno de intuición histórica que no es extraño en el devenir de los pueblos más sufrientes, el pueblo salvadoreño tomó la genérica decisión de utilizar su sufrimiento y su sacrificio no

como trofeo de nadie, sino como inversión de futuro para sí mismo. Esto puede parecer una imagen literaria, pero no lo es. Y opino por qué. En 1979, el modelo autoritario se desfondó. La insurgencia, en aquel momento, esgrimía un modelo de corte marxista-leninista, con intención totalitaria confesa. La institucionalidad, que mal que bien seguía existiendo en ese pacto apresurado y angustioso entre los militares y la Democracia Cristiana, no tenía modelo. Optó, en vilo de la necesidad, por iniciar una propuesta democratizadora, con todas las limitaciones que eso tiene en tiempo de desorden bélico. No diré —porque no es cierto— que el pueblo salvadoreño acompañó esa propuesta con adhesión sectorial; lo que diré —porque lo creo cierto— es que los salvadoreños vimos ahí la apertura de un camino, independientemente de quienes y de por qué lo hubiesen abierto.

En 1980, la gran pugna histórica se trabó entre dos opciones: la totalitaria y la democrática. En aquellos años, el FMLN, impulsado también por la realidad, fue haciendo su propia y traumática evolución, dejando en el camino jirones de intransigencia y de unilateralismo. El gobierno —para llamar de algún modo a los actores del lado contrario— tuvo a su vez que hacer la evolución necesaria, ya que su proyecto democrático original era en la base un programa contrainsurgente. La segunda mitad de los años ochenta vieron el largo proceso de declinación de la guerra, no porque la violencia decreciera, sino porque era cada vez más evidente que esa violencia, aunque se incrementara y sofisticara, no conduciría a ningún tipo de victoria militar. La guerra, pues, fracasó como tal mucho tiempo antes de que sonaran sus últimas balas. A fines de la década de los ochenta —que para algunos es la «década perdida», pero que para los salvadoreños es la «década aleccionadora»—, los módulos del escenario histórico se estaban reubicando de manera cercana a lo ideal para hacer posible el buen desenlace de esta guerra que, para unos, sería «la última gran batalla contra el comunismo» y para otros era la puerta hacia el paraíso de la liberación definitiva.

1989 será visto, en el futuro, como el año de la inflexión. El Salvador es un ejemplo impecable de ello. El cambio de gobierno llevó a la Presidencia al partido ARENA —cuyas credenciales eran hasta entonces tan discutidas—, en la persona de Alfredo Cristiani, un empresario casi sin militancia política, que no se caracterizaba por sus elaboraciones ideológicas. Era un pragmático, con una voluntad democratizadora que sorprendería a sus más recelosos adversarios, ya no se diga a la gente que desde siempre lo había rodeado. La derecha estaba en el poder democráticamente, y eso abría, en el bando gubernamental, las posibili-

dades de una negociación política del fin de la guerra. En su discurso de toma de posesión, Cristiani hizo justamente lo que su principal consejero le indicó a Su Majestad el Rey de España en el momento crucial de su ascensión al trono; trazar en su primer discurso las líneas maestras de la misión histórica. En aquel discurso, Cristiani ofreció al FMLN un diálogo sin precondiciones, continuo, reservado y sustantivo, que llevara a tocar todos los puntos claves de la agenda democratizadora del país. El FMLN, luego de la reticencia inicial, producto del recelo natural ante una propuesta audaz que podía también interpretarse como un simple recurso táctico de imagen, aceptó el desafío, y fue así como, en septiembre de 1989, dio comienzo el proceso de dos años, cuatro meses y tres días que culminaría en la espléndida ceremonia de Chapultepec, a la vista del mundo. De los entresijos de la clandestinidad, El Salvador inició su camino hacia la salida del túnel de su propia historia torturada.

Puestos en ese punto, no es posible dejar de mencionar que el desenlace de la guerra salvadoreña se dio en varios niveles. En lo nacional, es claro que el desgaste de la guerra y la ubicación adecuada de los legítimos contradictores creó las condiciones. En lo regional, la evolución favorable del proceso llamado «Esquipulas II», a partir del inteligente Plan Arias, estaba dando frutos, y el mejor de ellos era la aceptación por parte de los sandinistas de someterse a unas elecciones generales efectivamente abiertas. En lo internacional, el otoño europeo de 1989 derribó los decorados de la «guerra fría», que parecían de cemento armado y eran de simple cartón-piedra. A partir de ese dato, la negociación salvadoreña era ya capaz de ser eso: salvadoreña, en esencia, sin tener que supeditarse a una negociación aleatoria al más alto nivel mundial, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Una curiosidad cronológica sella estas simetrías: el 31 de diciembre de 1991 concluyó, a la medianoche pasada, en el piso 38 de sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, la negociación sustantiva de la guerra en El Salvador. Ese mismo día, al otro lado del mundo, desaparecía formalmente la Unión Soviética.

¿Pero qué características especiales tiene la paz salvadoreña, como para hacerla ejemplar en muchos sentidos, según lo reconocen tanto las Naciones Unidas como la comunidad internacional? En primer lugar, no es una paz que restituya un estado anterior. Eso lo reconoció honradamente Cristiani en su discurso de Chapultepec. En realidad, se trata de una fórmula programática de paz que no busca de ninguna manera limitarse a un juicio de valor sobre la guerra, sino que aspira, con medidas muy concretas de transformación institucional, a inaugurar un nue-

vo escenario verdaderamente democrático en El Salvador. Como en un audaz saldo de cuentas con el pasado, el Acuerdo de Paz se dedica sólo al futuro, como una forma de asegurar la sana configuración del presente. Es un Acuerdo-plataforma, no un Acuerdo-armisticio. En ese Acuerdo no hay ningún tipo de premio para los protagonistas militares de la guerra. Para unos y otros lo que hay es una agenda de sacrificios. Y esto tiene un profundo sentido moral: había que evitar cualquier signo de triunfalismo armado; el gran ganador es el sufridor de siempre: el pueblo salvadoreño, cuya resistencia silenciosa y paciente impidió que las armas ganaran la guerra histórica.

Un fenómeno nuevo estaba naciendo de las cenizas frescas del conflicto: la posibilidad de evolución, encarnada en una emergente transición. Se rompía así, por primera vez en la historia contemporánea de El Salvador, la vieja fatalidad de la doble tenaza: inmovilismo o revolución. La evolución, bajo la forma de democracia, surgía como el nuevo método concertado, y por consiguiente compartido. Los que tuvimos el privilegio de suscribir el Acuerdo de Paz en Chapultepec estábamos por eso encendidos de una fascinante responsabilidad: dar fe de que la evolución tomaba la iniciativa en la historia salvadoreña, más allá de los caducos prejuicios, de los tabúes agonizantes, de las intolerancias malsanas. Era el primer acto público de la verdad.

Las cosas, por cierto, no serían nada fáciles, a partir de aquel momento de júbilo. No hay ninguna transición apacible. Los garfios del poder no se desprenden con gesto amable. Más aún cuando la transición se da en cortes de profundidad. La transición salvadoreña puede identificarse en varios planos: en el más superficial, es un tránsito de la guerra a la paz; en el intermedio, es una sustitución progresiva del autoritarismo por la democracia; y en el más profundo, es la evolución de una sociedad dividida hacia una sociedad integrada. En la medida en que el fenómeno integral se profundiza, la tarea que queda por hacer es más grande y compleja. El tránsito de la guerra a la paz está concluido. El paso del autoritarismo a la democracia es una empresa de buen pronóstico. El cambio social integrador requiere de remodelaciones institucionales mayores y de ejercicios educativos muy intensos y eficaces. Y es en esta evolución más profunda en la que se medirá a la larga, el éxito de la paz salvadoreña.

Hablar de un cambio profundo en la realidad social implica, por otra parte, enfocar áreas diversas de la multifacética actividad humana. Hay que ir haciendo, inevitablemente, conversión de modelos. En el plano político, los salvadoreños estamos pasando de un modelo exclu-

yente a un modelo pluralista. En el plano específicamente social, de un modelo marginador a otro participativo. En el plano económico, de un modelo concentrador a un modelo distributivo. En el plano jurídico, de un Estado de arbitrariedad a un Estado de derecho. En el plano cultural, de un modelo de rechazo a un modelo de pertenencia.

La sola mención de todos estos términos da una idea del trabajo que nos aguarda a los salvadoreños en los próximos decenios. Llegar a cotas satisfactorias en todos esos niveles y planos requerirá una acumulación democrática gigantesca. En realidad, apenas hemos iniciado el proceso de construcción de la paz. Un proceso cuyo desarrollo se pierde en el horizonte. Un proceso que sólo afianzará de manera sostenible si los salvadoreños logramos hacer carne de vida esa última palabra que se menciona en el párrafo anterior: pertenencia. Ahí está la piedra angular de nuestro cometido histórico. En el pasado, el largo y pertinaz ejercicio de autoritarismo excluyente nos hizo *despertencernos*. Eso tiene una explicación clarísima: el autoritarismo, en cualquiera de sus formas, es al final de cuentas el esfuerzo por sustituir al todo por una de sus partes. En un cierto momento del delirio ideológico, esas partes eran «la burguesía» y «el proletariado», la «derecha» y la «izquierda», la «patria» y la «antipatria». Las caricaturas podrían ser interminables. El fin de la guerra en El Salvador no borró ninguna diferencia real, pero sí puso el reflector sobre los fantasmas. Alumbró las caras de los salvadoreños para recordarles su humanidad compartida.

Ese ha sido el principio de una nueva historia, sin desfiles de triunfo ni trompetas augurales. Con un simple y llano señalamiento de realidad: el cotidiano e intransferible destino común. Un destino que, por larguísimo tiempo, estuvo manipulado por los morbosos intereses del poder sectorial. Para que los salvadoreños recuperáramos nuestra capacidad de sentir que el país nos pertenece y que nosotros le pertenecemos al país, había que bajar de sus pedestales artificiosos a los ídolos de la confrontación. El dios de las armas tenía que ser despojado de sus atributos ilegítimos. El Acuerdo de Paz fue la sentencia de degradación del dios de la violencia.

Toda transición tiene en su base un esfuerzo de reconciliación. No sólo entre los enemigos caracterizados, sino en todas las esferas de la realidad nacional. Hasta que la historia se reconcilia consigo misma, y se acepta en sus limitaciones y potencialidades. Ese proceso ya se ha iniciado en El Salvador, lo cual convierte al pequeño país de las furias en una empresa de nación abierta a la razonable esperanza. En ninguna de las otras naciones centroamericanas se da una situación semejante. Aparte

de las distintas Centro Américas creadas por el devenir, para todos los usos tenemos ahora tres nuevas Centro Américas: Costa Rica, siempre excepcional, pero con una excepcionalidad que está dejando de ser novedad; El Salvador y Nicaragua, con sus recientes experiencias trágicas, que las han puesto en vías de modernización, El Salvador en forma mucho más clara y consistente; y Guatemala y Honduras, donde los esquemas del poder tradicional siguen intactos...

Con esos puntos suspensivos estamos entrando en los perifoneas del siglo xxi. Al menos para El Salvador, este fin de siglo ha sido casi milagroso, con las reservas que este término exige al tratarse de realidades históricas. Para nosotros, como para todo el mundo, soltar las férreas amarras del pasado no es garantía de nada, sólo de que el futuro tiene una oportunidad. Pero el futuro nunca está consumado. Es la tarea cotidiana, el «presente perpetuo», como dice Octavio Paz en invención poética insuperable. El milagro salvadoreño es acaso sólo una manifestación instantánea de naturaleza. Nuestro salvajismo —quizás Dios nos oiga— era la cara furibunda de la frustración. Nuestra racionalidad bien puede ser el reconocimiento del alma soterrada. ¿Por quién dice —salvo nosotros, tozudamente, en el pasado no tan pasado— que nuestra fatalidad sea la barbarie?

Las lecciones de la guerra se concentran en la inutilidad final de todo tipo de violencia para resolver los problemas de una sociedad. Pero esto no quiere decir que desconozcamos el papel histórico de la guerra como detonante terminal de una larga cadena de errores, carencias y vacíos acumulados. Toda acumulación histórica tiene un punto de plenitud, en el que se expresan todas sus potencialidades. De una prolongada acumulación negativa —y en primer lugar negadora de la democracia— brotó la guerra. Aquí sí que se trató de un verdadero estallido histórico. Desde el 16 de enero de 1992, fecha de la cancelación formal de la guerra, se ha iniciado otra acumulación en El Salvador: la acumulación democrática de la paz. No es que se tenga la paz lograda; es simplemente que se ha iniciado la acumulación positiva que podrá llevarnos a ella.

No se me escapa que uso con frecuencia la apelación a la historia. Eso no es inadvertencia. Al entender que todo es un proceso —tanto la guerra como la paz, tanto el caos como la estabilidad— los salvadoreños estamos descubriendo el significado de los términos transitivos, el de transición en primer lugar. La transición es desde luego historia en movimiento. Porque, al final de cuentas, como decía el viejo poeta cubano Tallet, quizás todos somos hombres de transición. Quizás todos somos pueblos en transición.

